



Título original: *The Paris Secret*

© 2018, Lily Graham. Primera edición publicada en el Reino Unido por Storyfire Ltd, bajo la marca Bookouture.

© 2023, de la traducción por Josep Escarré Reig

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición en esta colección: junio de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10080-43-0

Código IBIC: FA

DL: B 4.872-2024

Diseño y composición de interiores:
David Pablo

Impreso en junio de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Lily Graham

El secreto de la librería de París

Traducción de Josep Escarré



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

Para mamá y papá, con amor

Capítulo 1

La anciana del tren no parecía el tipo de persona que guardara un oscuro y ardiente secreto en el fondo de su pecho. Esa clase de secreto que se retorció en torno a su corazón, apretando más fuerte que un puño, a punto de estallar.

Y, sin embargo, así era.

Un secreto que, si se atreviera a susurarlo, dejaría sin aliento a más de uno de los desconocidos que había a su alrededor, incluso ahora, después de tantos años.

Desconocidos que jamás se habrían imaginado que tal cosa pudiera esconderse detrás del rostro ajado de la mujer que se sentaba junto a la ventana azotada por la lluvia, con un chal de cachemir de color burdeos ceñido al cuello y los dedos rojos, nudosos y doloridos por la repentina oleada de frío.

Los jóvenes no suelen pensar esas cosas sobre los ancianos. No ven las cicatrices que ha dejado el tiempo, el dolor, la alegría. Solo ven el rostro inexpresivo de la vejez.

Ciertamente, la chica de pelo oscuro y ojos cansados con el abultado maletín del ordenador portátil rebotando contra su cadera, que se había ofrecido a colocar la maleta de la anciana en el portaequipajes encima de los asientos, no se había parado a pensar en ella en ese sentido. Si algo había pensado era que se trataba simplemente de alguien que tal vez necesitaba que le echaran una mano o de alguien que difícilmente se

opondría a que ocupara el asiento libre que había a su lado, donde pensaba revisar, con relativa tranquilidad, las notas para la charla que debía dar al día siguiente. Prometiéndose, como hacía todas las semanas, que había llegado el momento de que se buscara otro trabajo.

La maleta de la anciana era de color azul cobalto y estaba pasada de moda, cubierta de adhesivos de lugares lejanos. La chica se colocó el lustroso pelo sobre el hombro, apretando los dientes mientras levantaba la maleta hasta el espacio vacío que había sobre los asientos, valiéndose del codo para que no resbalara y casi arrepintiéndose de haberse ofrecido a ayudar cuando la maleta estuvo a punto de caer sobre su cabeza. Murmuró una palabrota y luego se aclaró la garganta cuando la anciana la miró con el ceño fruncido, haciendo un torpe intento de levantarse para echarle una mano.

–Ya está, no se preocupe –dijo, esbozando una sonrisa.

Finalmente, la chica alzó la maleta, la colocó entre una enorme lata de chokolatinas y una bolsa de lona gris y se sentó, con las mejillas sonrosadas y resoplando por el esfuerzo.

–Pesa más de lo que parece... No me diga que está huyendo con las últimas joyas de los Romanov...

Los ojos verdes de la anciana se iluminaron.

–Solo son recuerdos. Cuanto más envejeces, más pesados son. Sobre todo cuando los enmarcas.

La chica se echó a reír, mostrando unos dientes blancos y perfectos.

A su alrededor, la gente seguía subiendo al tren que partía de Moscú, con los cristales de las gafas empañados a causa de la alta temperatura del interior, arrastrando maletas con ruedas y con los rostros contraídos en una mezcla de entusiasmo y resignación, propios de la mayoría de quienes deben afrontar un largo viaje que, como ese, terminaba en París.

A través del altavoz, una grabación anunció que el tren partiría dentro de pocos minutos.

La chica se acomodó en el asiento y se frotó el cuello, víctima de las almohadas duras como un ladrillo del deprimente hotel que le habían reservado cerca de la oficina de Moscú. Abrió el ordenador portátil y se puso los auriculares, que pensaba usar para sofocar cualquier distracción mientras se concentraba en su tarea. Pero entonces frunció el ceño: a su pesar, sentía curiosidad mientras pensaba en lo que había dicho la anciana. Se volvió hacia ella, con una pregunta en la punta de la lengua.

—¿Viaja usted con sus fotografías?

La mujer asintió con la cabeza, y un mechón de su fino pelo blanco se soltó y le cayó sobre la nuca; se lo colocó detrás de la oreja con una mano ligeramente temblorosa. Sus uñas tenían la forma de un perfecto óvalo redondeado y eran de color perla. Desprendía un sutil olor a un perfume floral, agradable y caro.

—Me gusta tener cerca de mí a las personas que he amado donde sea que vaya.

Fuera cual fuera el comentario frívolo que la chica pretendía hacer —algo como que en un futuro debería pasarse al formato digital—, murió antes de que llegara a sus labios porque las palabras de la anciana habían salido de lo más profundo de su corazón: el dolor inconsolable por la falta de alguien a quien quizás nunca volveremos a ver, para ella muy real teniendo en cuenta que su madre había fallecido dos años atrás. Se mordió el labio inferior para reprimir la emoción y entonces dijo:

—Puedo entenderlo... El hogar dondequiera que vayas... Resulta muy agradable.

La anciana asintió.

—Sin embargo, no es exactamente lo mismo. Me imagino que esa es la razón de que ahora vuelva a París después de tantos años. Aún no me lo creo.

La chica detectó el rastro de un acento inglés mezclado con algo más, posiblemente francés.

—¿Su casa está en París? —preguntó—. Soy Annie, por cierto.

—Valerie —contestó la anciana, con una de esas sonrisas que transforma algunos rostros, dejando ver a la joven mujer que se esconde detrás del paso del tiempo. Acto seguido respondió a la pregunta de Annie—: Sí, supongo que mi casa está en París, aunque he pasado la mayor parte de mi vida lejos de allí. Durante estos últimos años, después de la muerte de mi marido, he estado viajando. Siempre había deseado conocer Rusia, y, en fin, me dije, ¿por qué no ahora? Aunque antes estuve aquí y allí: Praga, Estambul, Marruecos... Pero sí, cuando lo pienso, París siempre será mi hogar. Es curioso, ¿verdad?

Annie se encogió de hombros.

—Siempre he vivido en el mismo sitio, o sea que mi hogar será siempre una casita en el campo de Kent —dijo—. Supongo que resulta mucho más fácil cuando eso es todo cuanto has conocido. No puedo imaginarme vivir en París; me parece algo increíble. *Baguettes* a cualquier hora, cruasanes, cafés junto a calles empedradas, la moda... —Lanzó un suspiro, con los ojos chispeantes, imaginándose lo romántico que sería vivir en la Ciudad de la Luz... y el amor—. Siempre he querido armarme del valor para mudarme allí. Puede que algún día...

La anciana asintió.

—Yo tampoco podía imaginármelo cuando tenía tu edad y me trasladé allí sola. Estaba realmente aterrorizada y pensaba que nunca encajaría en la ciudad... Yo no era exactamente

alguien muy popular. Por desgracia, era ayudante de biblioteca... hasta la médula: generalmente llevaba unos toscos zapatos de cuero y faldas de pana.

Annie sonrió.

–Eso ahora está de moda... Es un poco de empollona guay.

Valerie se rio entre dientes con una especie de risa gutural que enmascaraba su edad.

–Dígame, ¿qué la decidió a mudarse a París? –preguntó Annie.

Los dedos de la anciana jugaban con un anillo de sello que llevaba en la mano izquierda.

–Estaba desesperada por conocer a mi familia, y esa necesidad, al final, pudo más que el miedo.

El tren se puso en marcha y la estación pasó zumbando entre una nube de color azul grisáceo de hombres y mujeres que corrían hacia sus destinos que se transformó repentinamente en el verde y dorado del campo. A través del altavoz anunciaron que se podía tomar un tentempié en el vagón central, con una selección de platos fríos y calientes.

Annie se moría por seguir escuchando, pero se dio cuenta de que Valerie miraba hacia atrás y sugirió:

–¿Un café? Puedo ir a buscarlo para las dos.

–Eso sería estupendo –dijo Valerie. Abrió la cartera y le tendió un billete–. Solo, por favor. Invito yo.

–Muchas gracias –contestó Annie.

Mientras Annie se abría paso entre codos y rodillas en una desesperada busca de una dosis de cafeína, Valerie pensó en el pasado. ¿Cómo podría no hacerlo cuando, después de todo, de eso se trataba ese viaje? Por fin, después de tantos años, estaría de vuelta donde todo había empezado, donde su vida entera había cambiado.

Una parte de ella no podía evitar notar la misma inquietud que había sentido de joven cuando había hecho por primera vez un viaje parecido a este, más de cuarenta años antes. Volvió a girar el anillo, una joya llamativa de mal gusto hecha de latón, un gesto nervioso que era incapaz de remediar.

Annie volvió y le tendió una humeante taza de café solo, tal como ella le había pedido. Luego se quedó mirando el anillo que Valerie había estado girando, pero no hizo ningún comentario.

Al ver dónde había posado la mirada Annie, Valerie se encogió ligeramente de hombros.

—Hace mucho tiempo perteneció a mi abuelo. En realidad es horroroso, pero aun así le tengo cariño, porque era suyo —dijo, con una risita hueca, tomando un sorbo de café.

Annie cerró el ordenador portátil y también tomó un sorbo de café. A pesar de querer revisar su trabajo con la mejor de las intenciones, sentía curiosidad por la mujer que estaba sentada a su lado. Llamaba su atención, por así decirlo. Siempre la habían fascinado la gente y sus historias, y a veces, como ahora, era algo superior a sus fuerzas.

—Antes ha dicho que se mudó a París porque quería conocer a sus familiares. ¿Eran franceses?

Valerie asintió.

—La Segunda Guerra Mundial nos separó cuando yo era apenas una niña. Me llevaron a Inglaterra para vivir con un pariente lejano. Me dijeron que era por mi seguridad. Nunca me reuní con mi verdadera familia, no hasta mucho después de haberme convertido ya en una mujer adulta.

—Lo siento —dijo Annie, que no podía imaginarse lo terrible que debió de haber sido eso.

Valerie se encogió de hombros.

–Supongo que solo fui otra víctima de la guerra. Lo que muchos aún no han entendido, después de declarar tantas guerras, es que al final no hay vencedores de verdad... Solo hay víctimas, y lo siguen siendo hasta mucho tiempo después de que el conflicto haya terminado. Yo tenía poco más de veinte años cuando me enteré de que mi familia había sobrevivido. Bueno, en realidad, solo una persona.

–¿Y usted no lo sabía?

–No tenía ni idea. Me dijeron que todos habían muerto. Me crio una prima de mi madre. Para evitar confusiones innecesarias, me dijeron que la llamara «tía Amélie». Se había casado con un inglés durante la guerra, el tío John, y me fui a vivir con ellos. Me contaron que, después de que mi madre muriera, no había sobrevivido nadie más salvo Amélie. Cuando cumplí veinte años, ella pensó que tenía derecho a saber la verdad. Y es solo ahora que soy vieja cuando tal vez he empezado a entender por qué hicieron lo que hicieron. Pensaron que una mentira me ahorraría sufrimiento.

Valerie suspiró con tristeza.

–Para algunos, la verdad es una carga; una vez descubierta, ya no hay vuelta atrás, es como una caja de Pandora. Pero para mí fue todo lo contrario. Era un ancla en el pasado que me daba un sentido de pertenencia, aunque soportarlo resultara doloroso.

Annie se quitó los auriculares. Cuando los dejó junto al ordenador portátil, tuvo la sensación de que no volvería a abrirlo durante el resto del viaje.

–De modo que decidió ir a París en busca de su familia. Para descubrir por qué no le habían dicho que aún tenía un pariente que seguía con vida.

Valerie asintió.

–Estábamos en 1962, y aunque han pasado muchos años, todavía recuerdo dónde me senté cuando subí al tren en Calais. Aquel día no tenía el asiento junto a la ventana –dijo, con una risita–. Había nieve en el aire, y lo único que podía oír eran las palabras de Amélie en mi cabeza. «No lo hagas, Valerie. Por favor, no lo hagas». Pero debía hacerlo.

–¿No quería que fuera a su encuentro, aún después de habérselo contado? –preguntó Annie con el ceño fruncido–. ¿Por qué?

Valerie giró el anillo.

–Lo que pretendía era evitarme una decepción. Después de todo, había sido abandonada. No quería que se me abriera una herida que quizás nunca volvería a cerrarse. Pero yo no iba en busca de un cuento de hadas. Solo de la verdad. Tenía que saber por qué hicieron lo que hicieron. Por qué me mandaron a un país extranjero para que me criaran otros... En realidad, unos desconocidos, aunque estuviéramos lejanamente emparentados.

El tren avanzaba a toda velocidad mientras Annie se dejaba arrastrar al pasado por las palabras de la anciana, rodeadas por el color caqui y dorado del campo.

Capítulo 2

París, 1962

El silbato sonó cuando el tren entró en la estación en medio de una nube de niebla y frío. Valerie estiró el cuello para mirar por la ventana, más allá de la mujer que estaba sentada a su lado.

París.

No podía creer que estuviera allí, que finalmente lo hubiera conseguido.

Los pasajeros adinerados estiraron perezosamente sus extremidades y se pusieron los abrigos, las bufandas y los sombreros que se habían quitado horas antes en Calais.

—*Névé*—murmuró una anciana.

Nieve: Valerie podía olerla en el aire.

Se estremeció, embutida en su abrigo prestado, aunque en realidad eran más los nervios que el frío lo que la hacía temblar.

Su figura parecía aún más enjuta de lo normal con aquel pesado abrigo de *tweed* que le llegaba hasta los pies, sin forma, como una tienda de campaña, y que aún conservaba el olor de Freddy cuando se lo echó sobre los hombros. Lo aspiró: era una mezcla de loción para después del afeitado y algo que siempre, de algún modo, fue su hogar. Antes de embarcar en el ferri, él apoyó la cabeza en su frente y le dijo:

—No tienes por qué hacer esto, ¿lo sabes, verdad? Podemos vivir nuestra propia aventura aquí, solos tú y yo.

Ella asintió con un nudo en la garganta, porque tenía que irse. Si no lo hacía ahora, nunca lo haría.

Valerie cerró los ojos. Ahora, pensar en Freddy no la ayudaría. Debajo de aquel abrigo sin forma llevaba la fina chaqueta de punto rosa con un agujero en el codo izquierdo y los descoloridos botones de perlas que tía Amélie le había cosido cuando tenía trece años. Hasta ahora, Valerie no se había preocupado por la falta de estilo de aquella prenda.

Bajó del portaequipajes la vieja maleta de su tía, atada con una cuerda para evitar que se abriera. Delante de ella había una mujer con un pañuelo de seda elegantemente anudado al cuello; la miró de arriba abajo, como si examinara su raído abrigo y su tosca falda de pana marrón con algo parecido a la compasión. Valerie desvió la mirada, tocó la carta doblada que llevaba en el bolsillo del abrigo, notando la punta afilada del sobre —ahora ablandado y redondeado por sus dedos nerviosos— y sacó fuerzas de flaqueza: aquel era el motivo por el que estaba allí. No había tenido tiempo de conseguir ropa de moda, y además no podía permitírsela porque no tenía dinero. Eran tiempos difíciles.

Alzó ligeramente la barbilla; luego abrió la maleta, se quitó el abrigo, se puso otro jersey y se enrolló una bufanda tejida a mano alrededor del cuello. Si nevaba, quería estar preparada para ello. Aunque no estuviera preparada para afrontar nada más.

Además de la carta, él le había mandado un mapa. Fue un detalle por su parte; sin embargo, más adelante, también se dio cuenta de lo fuera de lugar que estuvo. Sintió una leve

punzada en el corazón al pensar que el único pariente más cercano se viera obligado a enviarle un mapa para que ella lo localizara.

Aun así, a partir de ahora, volverían a estar juntos. Y eso era lo más importante.

El trabajo ayudaría. Tuvo más suerte que la mayoría. Además, el anuncio decía que no se requería experiencia, que bastaba solo con el amor por los libros. Bueno, esa era ella, ¿no? Como bibliotecaria capacitada y antigua librera, Valerie se lanzaba sobre los libros como algunas mujeres lo hacían en los brazos de los hombres: inopinadamente y sin chaleco salvavidas.

Incluso ahora, las palabras de Amélie resonaban en su cabeza.

—Pero Valerie, esta no es como una historia de uno de tus libros. No estoy segura de cómo reaccionará él cuando se entere. Vincent Dupont ha sido siempre un hombre voluble. Es posible que no reaccione como tú esperas cuando tú llegues.

En realidad, Valerie se decía que daba igual. Además, la gente que no leía pensaba que todas las historias eran cuentos de hadas. Y no era así. Las que no lo eran enseñaban en quién podía convertirse alguien si se esforzaba. Solo huyendo de lo que resultaba cómodo, seguro y conocido. Lo único que Valerie necesitaba en aquel momento era armarse de valor.

Cuando salió de la estación y dejó atrás a la muchedumbre, vio París por primera vez y experimentó una sensación de felicidad, como si una burbuja efervescente flotara bajo sus pies, haciendo que su paso fuera más ligero y audaz y ahuyentando la fatiga del viaje. A pesar del frío, el aire tenía un matiz dorado como el del champán que dotaba a los edificios de un resplandor de color rosa ámbar.

La última vez que había estado en París tenía tres años; corría con su tía hacia la salida de la ciudad. Si cerraba los ojos, Valerie casi podía recordarlo. Sus pies golpeando los adoquines; los ojos grises de su tía, llenos de preocupación, y la presión de su brazo contra el suyo, firme e implacable, incluso cuando protestó porque estaba cansada. Mientras corrían pudo ver a lo lejos a un grupo de soldados uniformados entrando en la calle. Amélie se detuvo de golpe y Valerie chocó contra sus piernas; entonces, su tía se dio la vuelta rápidamente y le dijo que guardara silencio, que debían seguir por otro camino. «Ya». Cuando Valerie vaciló, su tía tiró bruscamente de su brazo para que la siguiera. Valerie tenía los ojos llenos de lágrimas, pero su llanto era silencioso; solo hacía lo que Amélie le decía. «*Vite*». Deprisa.

Ahora, Valerie no sabía si se trataba de un recuerdo o si su mente lo había inventado después de que Amélie se lo contara, pero parecía real.

Tomó la Rue des Arbres y dejó atrás edificios con estatuas en las fachadas; cafés con sus mesitas que, incluso bajo el frío sol otoñal y los inesperados pronósticos de nieve, abarrotaban las aceras y dejaban en el aire el olor a *café noir* recién hecho y a *baguettes*, y el ruido de la gente.

Se dirigió a la zona de Saint-Germain-des-Prés, lugar de encuentro de artistas y vagabundos que en los últimos años había sido reivindicado por escritores y feministas, pensadores revolucionarios, bailarines y un variopinto crisol de culturas.

A pesar del mapa, pronto se sintió perdida mientras caminaba a lo largo del serpenteante curso del Sena, maravillándose ante todo lo que veía a pesar de no tener ni la menor idea de dónde estaba. Cuarenta y cinco minutos después encontró la librería, oculta entre un bistró y una floristería,

en la Rue des Oiseaux. Se llamaba Gribouiller: garabato. Un toque de extravagancia que más adelante le pareció improbable en el mejor de los casos y sarcástico en el peor.

Vaciló frente a la pesada puerta de madera, de color huevo de pato, mirando a través del cristal en el que, con letras doradas aunque desvaídas por el paso del tiempo, estaba grabado el nombre del establecimiento. Giró el pomo de latón y la campanilla que había sobre la puerta tintineó.

En el interior, un haz de luz se filtraba por el escaparate, iluminando a un anciano cuyo pelo parecía de algodón. Estaba sentado en el extremo de un enorme escritorio de caoba repleto de libros, cartas y ceniceros llenos a rebosar. Se estaba fumando un cigarrillo y no levantó la vista; solo movió una mano muy fina, con los dedos de en medio manchados de marrón por el tabaco.

—Un franco los libros nuevos, cincuenta céntimos los viejos. Tómese el tiempo que quiera —dijo, con voz ronca.

Valerie vaciló, consciente del ruido pesado que sus toscos zapatos de cuero hacían al pisar el polvoriento suelo de madera. Con el corazón palpitante, se acercó cuanto pudo al escritorio mientras recorría con la mirada las filas de estanterías blancas hechas a medida y las desordenadas pilas de libros de bolsillo que se disputaban cada centímetro disponible de la tienda. Ahora ya no había vuelta atrás.

—*Bonjour*, Monsieur. Estoy aquí por el empleo.

—¿Empleo? —preguntó el anciano, con el ceño fruncido y sin dejar de mirar el libro de contabilidad que tenía ante él. Tras un parpadeo de sus ojos azules y legañosos, se quitó el par de anteojos metálicos que llevaba en la nariz y los colocó encima del escritorio lanzando un leve pero audible suspiro, reacio a dejar de lado su tarea.

—Como librera.

Finalmente, el hombre levantó la vista y se recostó en el sillón de color marrón. En uno de los lados tenía un desgarré que dejaba ver buena parte del relleno. Se detuvo a mitad de la calada de su cigarrillo y la miró fijamente a través de la nube de humo azul grisáceo con el ceño fruncido, como si lo que estaba viendo no le aclarara la situación.

–Eres inglesa –dijo, al cabo de un momento.

No era una pregunta, sino una mera constatación.

–Sí –respondió ella. No pudo evitarlo: su tono de voz sonó un poco más fuerte de lo que pretendía. Se aclaró la garganta–. Le escribí hace un tiempo –añadió, tratando de refrescarle la memoria, mientras una desagradable idea le revolvió el estómago: ¿lo había olvidado? Con dedos temblorosos, Valerie sacó la carta del bolsillo del abrigo con la intención de entregársela. No tenía más de una semana, pero la había manoseado, doblado y leído tantas veces que le parecía que ya formaba parte de ella.

El anciano frunció el ceño y volvió a ponerse los anteojos de montura metálica que había dejado sobre el escritorio. Luego se levantó del sillón con un gruñido y se acercó a Valerie arrastrando los pies para observarla detenidamente. Lo que vio no pareció impresionarle: ella se había quitado el abrigo, dejando al descubierto dos jerséis y una falda larga de pana marrón. Junto a sus zapatos de suela gruesa estaba su maltrecha maleta.

El anciano pareció fruncir aún más el ceño ante sus largos cabellos rubios y sus ojos verdes; luego, finalmente, asintió con un leve movimiento de la cabeza aunque no hizo la menor intención de coger la carta.

–Eres esa chica, la estudiante –dijo, resoplando, aunque sus ojos azules parecían un poco menos fríos que antes, pensó Valerie. Sin embargo, podría haber sido cosa de la luz. El

anciano chasqueó los dedos manchados de nicotina, como para despertar el recuerdo en su mente, y una nubecilla de ceniza cayó al suelo junto a los zapatos de Valerie, cubriendo parte de su lustrosa superficie—. La... de aquel... trabajo.

—«Los desafíos de la venta de libros durante la guerra: un estudio de dos ciudades durante el bombardeo y la ocupación» —citó Valerie—. Sí. Soy Val... —Se interrumpió, apresurándose a corregirse en voz más alta—: Isabelle Henry. —Le dio un nombre falso, esperando que él no se hubiera dado cuenta del error. Hablaban en francés; ella sabía que el anciano no podría haber hablado en otro idioma. Amélie se lo había advertido.

—Vincent Dupont —dijo él, mirando brevemente la mano extendida de Valerie con una ceja enarcada y emitiendo un leve soplido con los labios. Ella retiró la mano rápidamente y sonrió con torpeza.

Valerie lo miró fijamente, estudiándolo a fondo, desde su pelo blanco hasta su nariz aguileña de punta ligeramente abultada, pasando por sus penetrantes ojos, de un azul increíblemente claro, su espalda encorvada, sus pantalones beis, sus mocasines y el jersey de color esmeralda con parches de cuero en los codos, entre los cuales asomaba un libro de tapa amarilla y arrugado, apoyado en su cadera y medio oculto en el bolsillo izquierdo.

El anciano asintió levemente.

—Te enseñaré tu habitación; no es gran cosa —le advirtió, guiándola hasta unas escaleras que había detrás de su escritorio: conducían al apartamento del piso de arriba y a la diminuta habitación que ocuparía ella. Según el anuncio, disponía de una cama individual, un lavabo y una tetera. Esta última, intuyó Valerie, era la *pièce de résistance* que la convertía en una estancia de lujo. El té y el azúcar no estaban

incluidos. Monsieur Dupont no gestionaba una institución benéfica. Pero a ella le daba igual. Por fin estaba allí, y eso era lo único que importaba.

A Valerie le dio un vuelco el corazón mientras lo seguía. La escalera tenía baldosas blancas y negras y ascendía en espiral. Reconoció aquellas baldosas y se vio a sí misma de niña, con un par de zapatos rojos que brillaban al sol, mientras jugaba a saltar los escalones. Aquel repentino recuerdo que había olvidado la dejó sin aliento.

«Un recuerdo de este lugar». Apoyó una mano en el muro para no perder el equilibrio, y al hacerlo se dio cuenta de que las paredes eran distintas: solían ser blancas, pero ahora eran grises y estaban desconchadas; les hacía falta una capa de pintura. Antes había un pasamano de bronce, pero ahora ya no estaba: había sido sustituido por una barata barandilla de plástico.

Ajeno al momento de conmoción y sorpresa de Valerie al darse cuenta de que ya había estado allí antes, Monsieur Dupont se volvió para mirarla, entrecerrando sus vívidos ojos azules de contornos rojizos.

—No irás a cambiar de opinión ahora, ¿verdad? Mandé que limpiaran el dormitorio. Te dije que dispondrías de una pequeña habitación en el apartamento que había sobre la tienda... En esa carta nunca insinué que sería como el hotel George V, estoy seguro —dijo, en un tono impaciente y cansado.

Ella sacudió la cabeza rápidamente y agarró la maleta hasta que los nudillos de los dedos se volvieron blancos, mostrándole al anciano lo que Freddy llamaba su sonrisa de megavatio.

—¡Oh, no! Es perfecta, muchas gracias. Es maravillosa.

Él la observó con cierta extrañeza por su excesivo entusiasmo.

—Aún no la has visto.

Ella se ruborizó ligeramente.

Monsieur Dupont giró el pomo de latón y la dejó entrar en un pequeño apartamento inundado por una luz que se reflejaba en un suelo de madera pulida en con un dibujo en forma de espiga. Había unas amplias ventanas que daban a las calles de París, con la Torre Eiffel al fondo, a lo lejos. Frente al salón estaba la cocina, con una mesa redonda y una pequeña estantería con unos pocos libros de recetas antiguos.

El anciano le mostró el baño y luego la condujo hasta una pequeña habitación, en la otra punta del apartamento. Giró la llave y abrió la puerta, empujándola ligeramente. Dentro, el aire olía a humedad y a cerrado. Había una cama individual cubierta con una colcha hecha de retales, un armario infantil, un pequeño lavabo un poco oxidado en un rincón, sobre un taburete bajo, junto a los pies de la cama, al lado de un ventanuco, estaba la famosa tetera, con una taza y una cucharilla. Si extendiera los brazos, Valerie podría tocar ambos lados de las paredes.

—Está bien, *merci* —le dijo ella.

Él emitió un gruñido de asentimiento.

—Antes de ponernos a trabajar dejaré que deshagas el equipaje. La tienda está abierta seis días a la semana, con un descanso para comer a las dos; luego, vuelta al trabajo desde las cinco hasta las nueve. ¿Algún problema?

Ella negó con la cabeza.

El anciano asintió y se dio la vuelta para irse; luego ladeó la cabeza, mirándola fijamente con el ceño fruncido. Ella se preguntó si tal vez por un momento, finalmente, la había reconocido. Pero entonces dijo:

—¿Pescado?

—¿Pescado?

—¿Lo comes?

Ella asintió. Y él se fue, diciendo:

—*Bon*, para cenar.

Valerie se sentó en la cama después de que él se hubiese ido, tratando de aplacar los latidos de su corazón mientras se quitaba la gruesa bufanda de lana y echaba un vistazo a la pequeña habitación.

Él no la había reconocido. Hubo un momento en que ella contuvo la respiración y pensó que se habría dado cuenta de quién era, de que habría visto algo familiar en sus ojos, en su sonrisa. Pero no había sido así.

Valerie respiró profundamente, reprochándose a sí misma sus ideas románticas. No la había visto desde hacía diecisiete años, y ella ni siquiera le había dado su verdadero nombre. Ahora sospechaba que, de haberlo hecho, cabía la posibilidad de que tía Amélie tuviera razón: la habría echado.